



Acción Lacaniana
Los Foros de la ELP

Foro

El Malestar EN la Democracia *-Efectos políticos y subjetivos-*

APORTES AL FORO

UN SÍNTOMA DEL MALESTAR EN LA DEMOCRACIA

LA CRISIS DE LOS GRANDES RELATOS.

Oscar Strada

La crisis de los grandes relatos es un síntoma del malestar de la democracia asociado a la declinación de la creencia en el Otro.

La crítica de la modernidad que inscribe el postmodernismo incluye el cuestionamiento de casi todas las creencias que se sintetizan en los cinco supuestos que Eduardo Grüner resume en "Las Formas de la Espada": el fin de la historia, el fin de los grandes relatos, el fin de los sujetos, el fin de las ideologías y el fin de los estados nacionales y de las ilusiones de autosuficiencia.

Estas postulaciones, que siempre se han seriado, tienen recorridos diversos y también diferentes finales. Este es el discurso que propagó la postmodernidad cuyos efectos aun están vigentes, pero que sin embargo algunos de ellos renacen continuamente en discursos que niegan esta premisa, como por ejemplo el también siempre vigente, "la

Historia nos reclama”, “Cataluña nos reclama”, apelando a la emotiva incorporación e ilusorio protagonismo de los ciudadanos, aunque sea preservando el sujeto de la historia al concepto nación.

Vivimos una época dominada por el pensamiento único de la crisis, que es una forma de experimentación de la economía como disciplina sobre los sujetos. Una forma de sometimiento al amo del gran capital financiero internacional, pretendiendo sentar la condición de posibilidad de cualquier pensamiento emancipatorio. Y hay razones para pensar que si se ha instalado este condicionamiento sobre el pensamiento se ha hecho sobre la pretensión de que se han acabado los grandes relatos de la historia.

El gran relato es aquel que tiene la virtud de ofrecer una cosmovisión, una Weltanschauung. El gran relato se postula en el lugar del Otro de la cultura, o de lo que llamamos el gran Otro.

Es decir un lugar desde el cual se puedan ordenar y situar los otros lugares y los pequeños otros constituidos por los sujetos. El gran relato genera un ordenamiento simbólico y un efecto pacificador sobre los sujetos, generando la ilusión de una consistencia imaginaria a estos, que creen saber cuál es su lugar y su función en el mundo. El gran relato es también el discurso de la ideología, por eso los que pregonan el fin de la ideología lo hacen sobre la crisis o decadencia de los grandes relatos. La crisis de los grandes relatos es también una crisis del sentido. Efectivamente nada tiene sentido para el ser humano, a condición que uno se lo otorgue, ya que no hay sentidos preconcebidos, excepto aquellos que le esperan al nacer, una lengua, una nación, una raza, una cultura y su nombre. Pero aun así, para que estos significantes se inscriban como tal, el sujeto deberá otorgarles su certificación, como cuando uno recibe una carta certificada, deberá firmar para aceptarla como tal. Así se inscribe la cultura y también los relatos. O sea, en lo más puro e íntimo de la subjetividad.

Al ser humano casi todo le llega evolutivamente como un relato, como una historia significativa que recibe del Otro, otorgándole un saber mítico. Esta forma de saber mítico se presenta para el sujeto bajo la condición de necesidad, ya que constitutivamente se trata de un sujeto descompletado, un sujeto desustancializado, escindido por el no saber, por el inconsciente y por la falta de ser. El sujeto mismo invocará e instrumentará dispositivos de completud destinados siempre al fracaso, pero que cumplen la función de otorgar al menos, una necesaria consistencia imaginaria e ilusoria. Esto es lo que lo hace tan sensible a los relatos significantes. El gran relato se

constituye como el universal del sentido, para el particular subjetivo que cada sujeto asujeta a su manera, lo abrochará, en un movimiento de capitoneado y de “après coup” particular.

Freud, nos alertó tempranamente, cómo en la vida subjetiva singular el sujeto inscribe su propia novela familiar y en el orden social, la política y el gran relato cumple la función de inscribirlo en la novela social. Y en este sentido al humano también le concierne la inscripción política, en la medida que si el Inconsciente es el discurso del Otro, el inconsciente es la política.

La política es posiblemente, junto con la filosofía, la forma más elevada de articular todos los relatos posibles. La política es el género ideal del gran relato. Es el relato de los relatos, el relato desde donde todos los demás pueden tener sentido. La política se inscribe en el terreno del gran Otro del intercambio social de los ciudadanos. Si fracasara esta entidad, dejaría a los individuos sin marco para encuadrar las relaciones de distribución de la riqueza, de la justicia, de la educación, del bienestar social y de todos los intercambios simbólicos, incluido el plus de gozar.

Hay que entender que el fin de los grandes relatos implicaría al fin del estado-nación y con ello la alteración de las relaciones subjetivas entre Estado y Sujeto, por eso la relación entre los relatos ideológicos y la subjetividad compromete la relación con la ciudadanía.

La irrupción de la intersubjetividad con la política en la democracia le otorga un papel predominante al Estado en todas sus formas, y posibilita que el sujeto piense en el Otro del Estado y piense que el Estado lo piensa a él. Este pensamiento debe tener la fuerza de una creencia cierta, porque es la esencia de la subjetividad y la política. Es la condición de necesidad de la subjetividad y la política y también lo que sustenta la dialéctica intersubjetiva del reconocimiento.

Pero si el sujeto pensara que el Otro del Estado, no solo no lo piensa sino que lo quiere destruir o que la política ha dejado de ser la “vía regia”, para construir ese puente entre el sujeto y el Estado, se abre una crisis subjetiva que pudiera ser dramática. Sin embargo, no hay tal drama, porque periódicamente se atraviesa esa etapa y surge la increencia, también una noción freudiana que llamó “Das Unglauben”.

La crisis del relato no hace otra cosa que confirmar el vacío y la ausencia de nuevos significantes a los que sustenten nuevos discursos. Jorge Alemán en “Soledad:

Común”, asimila el fin de los relatos a la caída de todos los semblantes que sustentan al Padre, a la autoridad y que cuestiona todo el orden simbólico y a su vez a “los vínculos sociales, que han ingresado en un proceso de licuefacción, alterando las reglas sociales que han perdido su brújula y consistencia”. Pero también alerta sobre el hecho de que si a pesar de la declinación y el colapso de las figuras de la autoridad, actualmente el poder es más compacto que nunca, es porque funciona otro tipo de Otro, que está regido por la técnica y el capital que ha alcanzado un orden capaz de subsumir a los cuerpos y a la subjetividades en forma de mercancías”. Y esta es una de las causas de la crisis de los relatos.

La crisis de los grandes relatos compromete directamente a la creencia en el Otro y esto afecta al sujeto de la creencia y a la presuposición de que al menos debe haber uno que cree. En la época de la post ideología, la condición predominante es la de la supuesta creencia. Podemos pensar en la instalación de un sujeto supuesto creyente, al modo como hacen los niños que fingen creer en los reyes magos y en Papá Noel, para que los padres crean que ellos creen. Zigmunt Bauman, cuenta una anécdota de Niels Bohr, aquel científico que replicó a Einstein, sobre su famosa formulación de que “Dios no juega a los dados”, que refiere a la visita de un colega a su casa y vio sorprendido que Bohr tenía una herradura colgada, a lo que Bohr respondió: “yo tampoco creo, pero la puse porque me dijeron que funciona si uno no cree”. Esta es la manera de hacer semblante de la creencia.

Otra solución sería volver a Pascal, en sus meditaciones, cuando dice” si no tienes fe, mueve los labios, arrodíllate y compórtate como si creyeras y la creencia vendrá sola”. Pienso si no sucede actualmente algo de esto con gran parte de la militancia de izquierda sobre todo los que sustentan la práctica de hacer como si se siguiera creyendo en el otrora proyecto socialista, que aunque actualmente “informulado”, no impide seguir asistiendo a concentraciones, asambleas y mítines, cuyo objetivo principal implícito es un acto de fe y de reafirmación ideológica sobre la práctica militante. Estos mecanismos son suficientemente importantes para que atendamos a ello, porque ello nos conduciría a una “política sin política” a una despolitización, a una desustancialización de la política, que sería dejar de creer en el otro. El descreimiento en los políticos es una de las formas de la declinación del padre y la consecuente desidentificación con los representantes políticos. Es un hecho verificable y sarcástico de este resquebrajamiento, la pérdida de crédito iconográfico de los políticos, la pérdida

de valor de los testimonios tipo autógrafos y fotos, el menor culto a la personalidad que confirma la caída imaginaria subjetiva y que conduce a lo que Bauman, llama “un efecto de enajenamiento transitorio de la política o una cierta forma de psicotización transitoria”.

Sin embargo no se debería confundir los políticos con la política, por una especie de suplantación de la Personalidad del Político, por el partido o las ideas que representa, una cierta forma de la metonimia. Ha sido el caso de Obama en la campaña de su primera elección o la de Rubalcaba en su acceso a la secretaria general del PSOE, surgió una deriva que ponía de manifiesto las diferencias entre las personalidades de Rubalcaba y de Chacón, incluidas la diferencia de género.

La Postmodernidad ha sido definida como la pérdida de la fe en los grandes relatos, una pérdida de fe que puede conducir a una salida cínica o a una forma extrema de escepticismo de no creer en nada o a una desesperada de creer en cualquier cosa. Porque ante un espacio vacío o ante la nada, puede surgir una angustia que se convierta en terror. Y el terror hoy se asocia a la exclusión social extrema, una de las formas del terror económico.

El concepto de “grandes relatos” incluye a las ideologías y a las religiones y en este sentido el fin de los mismos corre una suerte desigual. Mientras los relatos ideológicos son permanentemente cuestionados, las religiones se multiplican y prosperan. Esto se debe a que las promesas de felicidad que formulan son de distinto orden y se sabe que el cielo siempre puede esperar. Por lo tanto las que nos preocupa fundamentalmente es la pérdida de los relatos ideológicos y su efecto sobre la subjetividad porque el vínculo del sujeto con su realidad está mediatizado por representaciones simbólicas y son estas las que soportan el embate de la ideas.

En los momentos actuales es inevitable recordar los temores de Marx, en el sentido de que si hubiera un fracaso del socialismo y un triunfo total del capitalismo, solo cabía esperar la barbarie mundial.

La idea del fin de los grandes relatos, alude sin duda a la crisis de todas las filosofías totalizadoras y el deslizamiento hacia prácticas teóricas de fragmentación y de formulación de hipótesis localizadas e interpretaciones de la política, la cultura, la sociedad, estudios culturales, o de ciencias y saberes universitarios, que renuncian a

cualquier tipo de reconstrucción de la totalidad del pensamiento o de explicaciones estructurales de los fenómenos.

Las postulaciones de este tipo, no son precisamente nuevas, pero quizá lo nuevo es el contexto en que se producen, porque las críticas no se generan en nombre de nuevas estrategias superadoras o renovadoras, tal como fue en su momento el deconstructivismo, o la formulación weberiana de la “autonomización de las esferas” (políticas, social, religiosa, etc.), ni tampoco una fragmentación derivada de la oportunidad del saber técnico, como anunció Alain Touraine, ni en una sustitución por los simulacros de la realidad virtual, a lo que Sloterdijk llamó “la razón cínica” y mucho menos aún, en nombre o en relación a la lógica lacaniana del No-Todo.

Pero la estrategia de la postulación de la crisis de los grandes relatos pretende sustituir la creencia en el Otro Social de la política, por medio de dos propuestas que las ubica más allá del significante. Por un lado con las promesas de la ciencia y la técnica que ofertan la promesa siempre diferida de un plus de salud, de bienestar, de juventud y de longevidad. Y por otro un empuje al consumismo con una promesa de obtener un plus de gozar, sobre el trasfondo de una pérdida de goce y de insatisfacción, sustituida por los objetos fetiche de la moda y de consumo fugaz y renovado.

Frente a ello a partir de la crisis de la creencia en los grandes relatos, hay una oportunidad de renunciar al sentido único y uniforme que impone el sentido del “para todos” y apuntarse a la incompletud, al “no todo” que sostenga la hiancia, el agujero de la falta constitutiva de ser, resistiendo a los señuelos de la sutura de objetos sustitutorios y apostando por la renovación y la reinención. Apuntarse a una política del “no todo”, a una política que privilegie el conjunto de las minorías por la mayoría.

Lo nuevo, más bien hay que buscarlo en la crisis de la globalización y en el surgimiento de rebeliones particulares, nacionales, étnicas, sexuales, vinculares, que los proyectos globales no pudieron incluir y que conducen a una nueva relación entre lo global y lo singular entre lo universal y lo particular.

Lo nuevo y también, yo diría progresista y positivo de la crisis de las ideas totalizadoras, es que abre una brecha en el gran Otro, y hace surgir lo que llamamos el Otro barrado. Una falta en el otro, que nos alerta de las vanas ilusiones y nos advierte del peligro de negar la existencia del otro. Por eso lo conveniente es hacer subsistir al otro, aunque sepamos que no existe o que el Otro, como el amor falla.